

E. JEAN CARROLL HUNTER

La vida salvaje de H. S. Thompson

colección rara avis



E. JEAN CARROLL
HUNTER
La vida salvaje de Hunter Thompson

Traducido del inglés por
Elvio E. Gandolfo

TUSQUETS
EDITORES

CAPÍTULO 1

La señal más auténtica de grandeza es la insaciabilidad.

HENRY FIELDING

1

He oído decir a los biógrafos de Harry Truman, de Catalina la Grande y de unos cuantos figurones más que darían cualquier cosa para que sus biografiados estuvieran vivos, así podrían hacerles algunas preguntas. Yo, por el contrario, habría dado cualquier cosa para que el mío estuviera muerto. De hecho, tendría que estar muerto. Fíjense, si no, en su rutina diaria:

15.00 hs: despertarse.

15.05: Chivas Regal, lectura de los diarios y cigarrillos Dunhill.

15.45: cocaína.

15.50: otro vaso de Chivas, Dunhills.

16.05: primera taza de café, Dunhills.

16.15: cocaína.

16.16: jugo de naranja, Dunhills.

16.30: cocaína.

16.54: cocaína.

17.05: cocaína.

17.11: café, Dunhills.

17.30: más hielo en el Chivas.

17.45: cocaína.

18.00: un fino de marihuana para sacarle la aspereza al día.
18.05: almuerzo en la taberna de Woody Creek: una Heineken, dos margaritas, dos hamburguesas con queso, dos guarniciones de papas fritas, otra de frijoles a la mexicana, una porción doble de aros de cebolla, una torta de zanahoria con helado, Dunhills, Heinekens y, para el viaje a casa, un cono helado (léase, un vaso de papel lleno de hielo picado sobre el que se echan cuatro medidas de Chivas).
21.00: cocaína para equilibrar el Chivas.
22.00: primer ácido de la jornada.
23.00: chartreuse y marihuana.
23.30: cocaína.
00.00: medianoche, hora de empezar a escribir.
00.01/06.00: chartreuse, cocaína, marihuana, Chivas, café, Heinekens, Dunhills, jugo de pomelo, gin, jugo de naranja, gin, películas porno, café, Chivas, cocaína.
06.01: jacuzzi bien caliente.
07.00: champagne, fettucini Alfredo.
08.00: Halción, dos comprimidos.
08.20: sueño profundo.

Oh, sí: realmente se *venera* la cocaína en casa del Doctor. Una vez lo vi espolvorear un poco sobre su miembro viril y pedirle a una redactora de discursos de los republicanos que se la esnifara. Ella lo hizo. Por suerte tuvo el sentido común suficiente como para no picarla antes con una hoja de afeitar. Ya hablaré del miembro viril del Doctor más adelante, cuando llegue el momento. Por ahora concentrémonos en su cabeza.

Es completamente calvo. Una vez encontré una fotografía suya con pelo. Era para llorar a gritos.

—Lo perdí todo de golpe —dijo él.

—¿A qué edad? —quise saber.

—El año en el que se suponía que debía morir —dijo él.

—¿El año en que debía morir? —repetí yo.

—Sí, cuando cumplí veintisiete —dijo él.
—¿Por qué debía morir a los veintisiete, Doctor?
—Porque así estaba planificado —dijo él.
—¿O sea que *sabía* que iba a morir? —dije yo.
—Bueno, así estaba planificado. Pero todo ha sido confusión desde entonces —dijo.

Creo que, si hubiera tenido algo de pelo, se lo habría arrancado ahí mismo.

Estábamos viendo *Calígula*. El Doctor sostenía en la mano un gran consolador Hitachi, más o menos del tamaño de un pepino gigante. Lo tengo todo grabado. Tengo al Doctor grabado rogándome que grave todo por si algún abogado asoma su hocico en algún momento.

Yo le estaba hablando de biografías. Hay biógrafos que tienen sentimientos contradictorios hacia los individuos sobre los que escriben. No es mi caso. Yo odio al doctor Hunter S. Thompson con todo mi corazón. Tal vez me engaño a mí misma, pero creo que ningún biógrafo en el mundo odió tanto a su biografiado como yo odio al doctor Hunter S. Thompson. Por supuesto, estoy en una posición muy particular aquí, en este pozo ciego. Y para ser absolutamente franca, no siempre me asqueó el detestable personaje cuyos crímenes estoy por relatar. Oh, no: al comienzo, debo confesar... Digámoslo así: al comienzo, el Doctor me gustaba más que sus pavos reales incluso. Y si eso no les da una idea de la situación, ninguna otra cosa lo hará. Dicho esto a modo de introducción, procedo a ofrecerles las páginas que siguen con todo candor.

2

Todo empezó la noche en que recibí el fax, el martes 16 de julio. Yo estaba sentada en mi cocina comiendo un sánd-

wich de huevo duro y mayonesa. Mi foto había aparecido esa mañana en un artículo de la sección de ciencia del *New York Times* sobre el Casuarius Gigante de Nueva Guinea. Estaba en la primera plana de la sección. En la foto, yo aparecía en bikini. Podría jurar que, si no hubiese sido por ese Speedo, no habría recibido ningún fax firmado: «Con amor, Doc».

Me pidió que lo llamara. Lo hice. Intenté seguirle la conversación pero me hablaba y al mismo tiempo soltaba unos gritos tales al teléfono que no logré entenderle nada. Recuerdo que aullaba: ¡SAL DEL JEEP AHORA MISMO, CABRÓN! Seguido por unos berridos de algo que solo puedo describir como un cerdo en celo. ¡CHÚPATE ESA, MALDITO!, gritaba, mientras al fondo sonaba otro teléfono en forma estridente. ¡DIJE QUE NO ESTABA EN CASA! Acto seguido se acopló otra conversación. Ahora el Doctor estaba hablando con Ed Bradley, del programa televisivo *60 Minutes*. Los dos hacían planes para ir a una ferretería a comprar lámparas contra insectos. Eso fue todo lo que alcancé a entender, además de que el Doctor enviaría al día siguiente una avioneta alquilada a Indiana para que yo fuera a conocer su propiedad en Woody Creek, Colorado, y observar in situ a sus aves, que según dijo eran capaces de «tutelar por sí solas evacuaciones de escuelas para ciegos u orfanatos llenos de niños pequeños».

¡Como si yo, Laetitia Snap, no supiera que ese doctor Thompson había criado la única especie de pavos reales en el mundo capaces de sobrevivir por encima de los 2.500 metros de altura, superando el récord de 2.486 metros, del Coronel Tott (1823-1897), en las templadas colinas Palni de la India! ¿Acaso no corrían rumores de que el doctor Thompson era dueño del pavo real más deslumbrante nacido fuera del Punjab? Pero en cuanto a quién era ese doctor Thompson, aparte del hecho de que se trataba de alguna clase de escritor, yo no sabía nada más. La situación era, literalmente, como si le hu-

bieran arrojado una pierna de cordero a un *Gypaetus Barbatus*, más conocido como buitres quebrantahuesos.

Al parecer, le bastó un vistazo al verme bajar de la avioneta. Fui apresuradamente trasladada a su gran coche rojo, con la capota blanca *baja*, bautizado El Tiburón por el Doctor, y partimos a una velocidad aterradora desde el aeropuerto hasta Owls Farm, su cabaña de troncos en las montañas pasando Woody Creek.

En cuanto entramos en la casa me hizo probar un espeso licor llamado chartreuse (iyo, que nunca había bebido en mi vida!). Para ser fiel a la verdad, la atención alcohólica había comenzado en el coche, a ciento cincuenta kilómetros por hora, cuando me tendió una margarita en un enorme vaso de plástico que había pedido en el bar del aeropuerto. Como yo me negaba a desclavar mis uñas del tablero, él clavó los frenos, giró hacia la banquina a no menos de noventa kilómetros por hora y, después de detener en seco el coche en una nube de polvo, con el motor rumiando, en el resplandor caliente del crepúsculo, me hizo beber tal cantidad de aquel intoxicante mexicano que, de solo recordarlo, aquí en la humedad y el silencio de este pozo séptico, me vuelve la resaca. Pero en aquel momento encontré al Doctor tan... ¡atractivo, sí! Lampiño y sudoroso como un animalito de la jungla.

—Creo que debería pintarme los labios —dijo él, apagando el motor. La voz era igual de profunda y aterciopelada que el motor del coche. Rodaba y vibraba como un violoncelo. Nunca verbalizaba las palabras enteras: a veces eran solo las vocales, otras veces las consonantes, a veces el acento era tan cerrado que sonaba como si tuviera la cara encerrada en una máscara de hierro, boca abajo, adentro de un cajón de medias de nailon.

—No sabes lo que es tener *cientos* de ideas en tu mente a la vez, señorita Tish —dijo, mientras yo revolvía en mi carte-

ra en busca del pintalabios. Se lo tendí y él se lo aplicó con la destreza de una promotora de Revlon, mirándose en el espejo retrovisor, ahuecando las mejillas y sacando los labios, como si dijera la palabra «puchipuchi».

—Imagíneme tratando de controlarlas —dijo, sonriendo con coquetería. Después dejó caer un hombro y manoteó debajo del asiento hasta encontrar un pequeño envase metálico, chato y redondo. Abrió la tapa, husmeó el interior, alzando un poco una ceja, procedió a darle una entusiasta lamida y volvió a ponerle la tapa y ocultarlo debajo del asiento.

—¿Es un remedio para la garganta? —pregunté.

—Oh. Sí —dijo, con voz ronroneante—. El aire de montaña. Todo me afecta, soy muy sensible.

—Oh.

—Me refiero a todo —dijo, aún más suave y apasionadamente.

—Es usted un ser altamente sensible, Doctor.

—En todo sentido, sí.

Dejó caer la cabeza contra el respaldo, con la boquilla de plástico amarillo entre los dientes reflejando los últimos rayos de sol.

—Debe de volverlo loco ser tan sensible —dije.

—¡Exactamente! —gritó, golpeando el volante—. Exactamente —repitió, con más calma—. Es *tan* cierto. —Me dedicó una mirada por el rabillo del ojo y agregó: —Qué agradable que podamos hablar de este modo.

La cara le cambiaba de color todo el tiempo. Era incapaz de mover un solo músculo del cuerpo naturalmente. Era de nariz grande, de huesos grandes, medía un metro noventa o más, usaba anteojos Ray-Ban de aviador, espejados (¡qué tipo tímido!), un deforme sombrero color caqui alzado en *los dos* costados y un guante tejido de motociclista en la mano derecha. Vestía una camisa hawaiana de mangas cortas, pantalones

bermudas pinzados, también color caqui, zapatillas All Star blancas, soquetes blancos y una campera de piloto de seda negra, abullonada, con la leyenda «Messaluna-Beirut» bordada en la espalda, y una insignia del Servicio Secreto cosida en la manga izquierda y otra de alguacil delegado del condado de Pitkin en la manga derecha. Era, créanme que no exagero, el tipo peor vestido que había visto en mi vida.

—Dame la cocaína —dijo de pronto.

—¿Cocaína?!

No era la respuesta que esperaba, evidentemente. Me devolvió el lápiz de labios y dijo:

—Bueno, entonces debo irme. Mi sobrina está esperando —dijo.

—¿Sobrina?

—Sí. Te dejaré en el Jerome. Buen hotel.

—Pero... Los pavos reales...

—Hoy no. Tengo cosas que hacer —dijo, flexionando sus enormes rodillas.

—¿*Qué* tiene que hacer?

—Conseguir drogas.

—¡Drogas! —Lo miré fijamente. Dos hendidias verdes de luz parpadearon en los anteojos de aviador. Si hubiese pensado que hablaba en serio me habría desmayado ahí mismo, en el piso del Tiburón. Pero atiné a decir: —¿Y después qué?

—Consumir esas drogas —dijo él.

—Conseguir drogas, consumir drogas, ¿y después qué?

—Desplomarme.

—¿Y después?

—Conseguir más drogas.

—¿Y después?

—Consumirlas.

—Y después?

—Desplomarme.

—Ajá.

—No eres de muchas palabras, muchacha —dijo, sonriendo, y me dio una palmada en el muslo.

¿Había aprobado el test? No me importó. Porque él tenía un botiquín de supervivencia en la guantera del Tiburón. Y en ese botiquín había unas bengalas que ardían a pesar del viento. Lo sé porque el Doctor derrochó una caja entera para mí, en el camino hasta Owls Farm.

3

No te atormentes, Tish. Borracha o no, no estabas en tu sano juicio: el Doctor te gustaba.

Así fue: primero me mostró la casa. Costaba creer la cantidad de madera que habían usado. En el living había una chimenea enorme y cientos de parlantes conectados a un grabador a cinta. El Doctor puso Los Lobos, su banda favorita, y se dejó caer sobre el sofá.

—Esta va a ser nuestra canción, señorita Tish —dijo.

El volumen estaba tan alto que no podía oír nada.

La siguiente parada fue el dormitorio. Había armas en los rincones, armas en el suelo, armas en cajas y en estuches y amontonadas alrededor de la cama. Había también una cantidad de ventiladores cuyas aspas giraban como hélices de avión. Cuando me desperté, mucho más tarde, lo vi sosteniendo contra sus rodillas los faldones de su bata. Transpiraba y temblaba, avanzó tambaleándose, lo más cerca que pudo de las paredes para no caer, hasta abandonar la habitación. En su armario encontré:

14 camisas hindúes de bambula,
8 pantalones bermudas (todos de color caqui),

10 camisas hawaianas,
2 camperones de estampado escocés,
1 saco azul de lino,
19 pares de zapatillas blancas All Star.

Esta lista no incluye ni calzoncillos ni las pilas de remeras con la leyenda «Hunter S. Thompson» estampada de las más diversas maneras, que se acumulaban en los estantes de su biblioteca.

—Me las regala la gente —dijo él.

—¿Y usted las usa?

—Las regalo. Son repugnantes —dijo, bamboleándose con felicidad hacia delante y hacia atrás. Tenía una pierna más larga que la otra.

Con el mismo espíritu festivo emprendió la marcha hacia su oficina. ¡Qué extraño era su andar! Iba con el cuello estirado como un bailarín tailandés, la pelvis extrañamente saliente, ambos codos doblados en noventa grados, uno apuntando hacia delante y el otro hacia atrás, y la columna curvada en una S perfecta, completamente ajena al movimiento de las piernas, cuya vibrante marcha me recordó a las porristas de la Universidad de Indiana.

—¡No entres todavía! —gritó cuando llegamos a su oficina, y me cerró la puerta en la cara. Oí que tropezaba y arrojaba cosas con estruendo. Luego se cayó, o se tiró al piso. Oí gritos, insultos; luego silencio, luego más golpes e insultos hasta que al fin gritó:

—¡ENTRA!

Abrí la puerta y asomé la cabeza. Estaba oscuro. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra alcancé a ver en el centro de la habitación un jacuzzi circular, cuyo voluptuoso respaldo me hizo recordar al instante ese objeto del mobiliario que las chicas de Indiana llamamos sofás para chapar.

—Lo construí todo yo solo —dijo él con orgullo.

Con eso dio por terminada la recorrida y volvimos a la cocina, donde sonaba a todo volumen el chillido de cerdo más estridente que oí en mi vida.

—¡Ese sonido se obtuvo atando de las cuatro patas a un jabalí y retorciéndole los huevos con unas pinzas de mecánico! —aulló el Doctor alegremente.

Las paredes, los placares, la heladera, el horno y las pantallas de las lámparas estaban cubiertos de recortes de diario, faxes, fotos, notificaciones judiciales, cartas manuscritas y dactilografiadas, plumas de pavo real, listas, pósteres, volantes, telegramas, memos, tickets de avión, declaraciones de impuestos, boletines de todo tipo, naipes con números de teléfono anotados, dibujos y demás. Había una gran máquina de escribir IBM Selectric sobre la barra de la cocina. O sea que ahí era donde tenía lugar la creación literaria. La novela que estaba escribiendo en esos días se titulaba *Polo is my life*. Random House le había dado un millón de dólares de anticipo. Llevaba trabajando tres meses y tenía tres páginas terminadas.

—He decidido conseguirme una asistente editorial —dijo, y procedió a mostrarme fotos de filipinas aspirantes al puesto. Su favorita era Ana María, un metro cincuenta y siete, natación, baile, coleccionista de tarjetas postales. Sacó de la heladera una torta de chocolate y empezó a comer.

—¿No quiere un vaso de leche con eso? —dije yo.

El Doctor me miró, pasmado.

—La leche coagula el tejido del córtex cerebral —dijo, con el tenedor en la mano y los ojos clavados en mi busto.

—¡Doctor Thompson! —exclamé.

—¡Oh! Perdón —dijo.

Pero era obvio que lo había notado, debajo de mi chaqueta Calvin Klein, de mi camisa Ann Taylor, de mi lencería Victoria Secret:

—Puedo verlos temblar, señorita Tish —dijo.

—¡Doctor Thompson! ¡Estoy aquí para ver a los pavos reales! —dije yo, y traté de ponerme de pie, pero era como si mis piernas acabaran de recibir un disparo de pistola tranquilizadora.

—Lo siento, querida mía. No puedo evitarlo —dijo, sirviéndose otro chartreuse—, pocas cosas me ponen de mejor ánimo para escrib...

PERDONEN ESTA INTERRUPCIÓN DESAGRADABLE. Y no teman, no me voy a detener. Aunque La Bestia esté parada ahí, asomada al borde de este pozo séptico, gritándome cosas, *no* le voy a contestar.

4

Estupendo. Ahora perdí la concentración y se arruinó todo el capítulo. Tanto cuidado y delicadeza que le estaba dedicando a las primeras impresiones que tuve de él, a pesar de las molestias físicas y psíquicas que padezco. Bueno, no hay remedio. Lo que escriba ahora no va a ser ni parecido a lo que tenía en mente hasta recién, pero qué otra cosa puedo hacer, lo lamento.

Estaba contándoles que el Doctor no podía sacar sus ojos de mis pezones mientras confesaba que, si se mantenía esa visión panorámica, podría escribir un par de páginas de su novela esa misma noche, y con toda probabilidad más de un par, así que ¿por qué no me sentaba a leer esas tres páginas que ya tenía escritas mientras él acomodaba todo para grabar en video la operación?

—¿En qué postura quiere que lea? —pregunté, señalando con la cabeza hacia la cámara. Toda la situación me ponía nerviosa, para ser sincera.

—Hmmm —dijo el Doctor, rumiando—. Me gustaría que el escote fuera visible desde este costado. Así que debería poner la cámara... ehrrrr, aquí, ¿verdad? Y tú deberías ponerte en esta posición —agregó, arrojando al piso periódicos y revistas para hacer espacio en la mesa.

—Como usted diga —dije yo. Había trípodes con cámaras por toda la habitación pero no hice el menor comentario al respecto. Me limité a enfocar la mirada en las páginas que tenía en la mano y empecé a leer.

—¿Qué quiere decir con «El polo es mi vida»? —pregunté.

—¿Por qué no sigues leyendo, querida? —dijo el Doctor, zambullendo dos dedos en su vaso de Chivas Regal y metiéndoselos en la nariz.

—Porque no logro imaginar qué quiere decir con eso.

—A nadie le importa lo que imagines —dijo el Doctor, saliendo de atrás de la cámara.

—¿Cómo? —exclamé, sacudiendo las hojas que tenía en las manos.

—Lee, por favor. Solo sigue leyendo —murmuró mientras me abría un poco más el escote de la camisa.

—«Toda mujer es una sirena».

—Léelo de nuevo —dijo el Doctor—. Me gusta el modo en que te tiembla la voz.

—¿Puede decirme a qué se refiere exactamente con «sirena»?

—¿Quieres que me enoje? —dijo él.

Seguí leyendo unos instantes más hasta que su voz dijo:

—Y ahora quédate *muy* quieta —mientras me llegaba una oleada de un aroma encantador. Debe de haber sido la crema Chanel que acababa de untarse en la cabeza.

—¿No está acercándose demasiado? Quedará todo fuera de foco —alcancé a decir.

—Sigue leyendo.

—¿Qué está haciendo, Doctor?

—Perdón —dijo él, vacilando.

—Me temo que está demasiado alcoholizado, Doctor.
¿Necesita ayuda?

—Sigue leyendo, no te detengas. Ahhh, sí —dijo mientras sus dedos manipulaban los botones de mi camisa.

—¿Qué hace, Doctor? ¡Qué hace!

—Oh, Dios —exclamó él, mientras su calva brillaba como una manzana—. Quédate quieta, por favor. Quédate quieta. Y ahora inspira, a todo pulmón.

Casi se oyó un plop y uno de mis pechos asomó por el escote como un timbre. No puedo decirles lo encantado que estaba el Doctor.

—Casi parece el logo de la CBS —dijo, ronroneando de placer ante la vista de mi pezón.

5

Y entonces pasó algo curioso. Siempre ocurren cosas extrañas alrededor del Doctor, porque tratar con él es como tratar con un extraterrestre, pero después de tipear unas cuantas líneas con su IBM eléctrica en una hoja con membrete (la imagen de una mujer desnuda con las piernas abiertas), tomándose un respiro cada tanto para admirar mi pezón a la distancia, decretó:

—Se ha perdido. Todo se ha perdido. Para siempre.

—¿Qué pasa?

—Nadie nunca sabrá cómo fue, salvo tú —dijo.

Afuera empezaba a romper el alba. El Doctor estaba de pie, pero sus rodillas parecían incapaces de sostenerlo.

—¿Por qué? —pregunté.

Él me miró con tristeza y no dijo nada.

—¿No van a pagarle un millón de dólares?

Él murmuró:

—Nadie paga por algo que no existe.

—Pero lo tiene todo grabado. ¡Está todo ahí! —dije.

Silencio absoluto.

Hasta que de golpe sonó una alarma ensordecedora, que más bien parecía un cuerno de caza.

—¿Qué es eso? —exclamé, dando un salto.

—¡Los putos pájaros detonaron mis sensores de movimiento! —gritó él.

—¿*Los pavos reales*?

—¡Estúpidos bastardos! —dijo él. Y, cambiando por completo el tono de voz: —Ven. Mira.

Salimos al jardín y contemplé al Doc caminar con grandes zancadas entre los aspersores llevando un balde lleno de cáscaras de melón para sus pavos reales, que chillaban *PEHAN PEHAN* a coro y avanzaban hacia él sacudiendo las crestas de sus cabezas color azul metálico y abriendo en abanico el plumaje ocelado de sus colas, y sentí que nunca en mi vida había visto a un ave hasta ese momento.

—Te quedarás, ¿verdad, señorita Tish? —susurró el Doctor.

A medida que subía el sol, todo daba a entender que se avecinaba algo extraordinario. ¿Qué respuesta le di al Doctor? ¿Regresamos a su casa a liberar mi otro pezón? ¿Apareció Ana María, la asistente editorial seleccionada por correspondencia? Todas esas preguntas serán contestadas después del bloque biográfico que viene a continuación. Ahora prepárense para que retroceda el reloj. Sí, Lector, nos remontaremos ahora al comienzo de los días del Doctor, para ofrecer una imagen completa del hombre cuyos vicios bastan para llenar todos los saunas que hay desde aquí hasta Terranova.

Y si no te interesan los comentarios que intercalo entre los capítulos biográficos, estimado Lector, te sugiero que compres dos ejemplares de este libro y a cada uno le arranques las páginas que no quieres leer.